



Una Leyenda de Tangos

Vuelve el tango, escribe alguien con cierto alborozo. El tango es hoy una realidad, dice otro con no menos regocijo.

Se olvida un poco que las cosas no vuelven. O en todo caso vuelven en forma de nostalgia, como fantasmas sin realidad virtual. Un día de estos entré en una floristería de la calle Corrientes en Buenos Aires. (Por cierto que esta calle, cuyo nombre está envuelto por las musarañas del tango, es sólo con relación a lo que fue en los días confusos una nostalgia, un vago murmurio de añoranzas). Pedí bibliografía sobre el tango. Me trajeron doce libros, lo que, naturalmente, tratándose de publicaciones recientes debe considerarse como enorme.

¿Ve usted? —arguirá en seguida un lector—. ¿Todavía niega el retorno del tango? Sí, lo niego. El dato que acabo de proporcionar corrobora el aserto. Cuando el tango era una realidad tangible, palpable, viva, se escribían tangos, pero en rigor no se escribía "sobre" el tango. Cuando un arte cae en manos de los eruditos, de los historiadores o de los snobs está ya en las penumbras de la crisis.

No niego que existan, y acaso en cantidad muy considerable, audiciones radiales en las cuales se interpretan exclusivamente las obras más famosas del pasado. No niego que sea comprobable la tendencia de unos grupos de intelectuales dedicados por diversas razones a estudiar el tango y a reivindicarlo. Excelentes ensayistas argentinos lo analizan, lo escrutan, lo exaltan y traen la compleja aventura de los azarosos de la canción suburbial en sus días de impureza. Borges, Sábato, el malogrado José Sebastián Teller, Eduardo Stilman, Horacio Ariano Ferrer, Daniel E. Vidart y muchos otros lo "descubren", pero su tono es invariablemente de lamentación por lo ido. Horacio A. Ferrer escribe unas palabras corteses: "La clave que produce el tango no tiene interés en pensar en él como objeto de estudio, sino que su inquietud es, naturalmente, producirlo y poseerlo" ("El tango, su historia y evolución", B. A. 1960).

Al señalar estos extremos no revelamos nada nuevo. Sigue el fenómeno una ley general.

Comienza su etapa de gloria. Es el tiempo de las orquestas típicas. Son numerosas y lo difunden con el auge del disco y la presencia personal de tales conjuntos en aquellos países y obviamente en los cuchitriles o lugares elegantes de Buenos Aires y Montevideo. La primera ofensiva contra el tango surgió subrepticamente —a mi entender— a la sombra de los primeros compases del charleston y de otras danzas exóticas. La canción criolla, cada vez menos agobiante y en parte desnaturalizada, tuvo repentes considerables hacia 1949 con las orquestas de Juan d'Arienzo, Aníbal Troilo, Pugliese, Caló y finalmente con Astor Piazzola. Pero no era ya clara para la juventud, que prefería otros ritmos.

Meditemos un poco. El tango con sus renuevos para eruditos y para unos núcleos populares mínimos (me dicen que los bailongos tanguistas y sabatinos del Círculo de la Asociación de Pelinadores y Pelineros están muy aducurridos), es nostalgia para quienes han pasado de la cincuentena. Es decir, dibuja perfectamente el arabeisco de una leyenda. Vive hoy su plena eficiencia en los coleccionistas de recuerdos: aquel día de 1935 que bailó un tango en cierto bulle de la calle Maipú, a los compases de la orquesta típica de Osvaldo Freredo, en un fugaz viaje a Buenos Aires, o aquel lejano tango de Gardel en la vitrola de papé...

El culto retrospectivo, menos tumultuoso es cierto, a Jean Harlow, tiene parecido origen. Otro fenómeno semejante empieza a crecer con el regreso a la notoriedad de Humphrey Bogart. Culto —claro es— a una sombra, porque ni la actriz platinada ni el gangster insumiso viven ya, y sólo se hacen carne en la reposición de sus viejas películas.

El intento de resucitar el pasado se torna siempre una tarea inútil. Ello supone la pretensión de hacer de la historia un cuerpo parálisis. Los anhelos e ilusiones de la humanidad tienen su ritmo y sólo se mira de un modo eficiente lo que se halla en el radio óptico. Las miradas hacia atrás constituyen a lo más una ilusión y más que realidades concretas esas miradas retrospectivas componen un hecho subjetivo, un fantasma.

ANTONIO R. ROMERA

Una leyenda de tangos [artículo] Antonio R. Romera.

Libros y documentos

AUTORÍA

Romera, Antonio R., 1908-1975

FECHA DE PUBLICACIÓN

1966

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Una leyenda de tangos [artículo] Antonio R. Romera.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile